



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

FANTASÍAS AVILESAS



Así se lleva la leche
a la Corte esplendorosa,
para que alguno la eche
bicarbonato de sosa.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA. XXVIII. *Avila*, por Sinesio Delgado.—La matanza, por Juan Pérez Zúñiga.—Pallique, por *Cleria*.—Bien dicho, por Rafael Ramos Navarro.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Fantasías avileñas.—Avila.—A solas con la daga, por *Me. caschir*.



Ahora parece que las Autoridades dan en perseguir el juego.

—¡Oh, sí! El juego es un cáncer social.

Esto lo han dicho ya todos los chicos escritores del país, y ha sido una frase muy en moda allá por el año 50, cuando se escribían diálogos entre pastorcillos de ambos sexos, y acudían los poetas á ver cómo murmuraba el arroyo y cómo triscaban alegremente las ovejuetas cabe la añosa encina.

Hoy el juego sigue siendo cáncer, pero ya no lo decimos. Lo más que hacemos es aconsejar á la juventud inexperta que huya del vicio y vaya á oír las conferencias públicas, sobre cualquier cosa, que dan en los establecimientos científicos varios caballeros de palabra fácil y ropa negra.

Pero todo es inútil; la sed de oro está haciendo estragos entre la juventud, y hay quien, para jugar, vende hasta la bufanda paterna. Alguna familia llora hoy las calaveradas del hijo criminal que fué poco á poco empeñando las alhajas, las ropas y los trevejos de la cocina... ¡Qué horror!

—¡Todo lo hemos perdido, todo!—decía sollozando un padre de éstos.—A falta de cama, estamos durmiendo, mi esposa y yo, en los estantes de la despensa.

El juego ha causado muchas víctimas antes y ahora.

—¿De qué ha sido eso?—preguntábamos á un sujeto que tiene la mano derecha lo mismo que una sobreesada.

—Esto ha sido de un entrés.

—¡Caramba! ¡Cómo dejan las manos los entreses!

—No, verá V.; yo era banquero y daba la casualidad de que siempre salían mis cartas. Entonces uno de los puntos fué y me cortó los dedos con una navaja. Caprichos que tienen algunos.

¡Cuánto más divertido y más sano es el juego que se cultiva en las casas particulares!

Reúnense las señoras y los caballeros alrededor de una mesa con tapete de cuadros. La dueña del domicilio saca los cartones de la lotería, y arroja á los jugadores un puñado de garbanzos, que ellos se reparten cariñosamente; después agita en el aire una bolsita, hecha con tela de jergón, que contiene los bolas, y dice por último con aire de suprema felicidad:

—Ea, á jugar, y á ver si son VV. juiciosos.

Comienza el dulce canto.

—El veinte y dos—grita la señora.

—¡Hombre! De esa edad me las recomienda el Médico—contesta un caballero, gracioso de suyo, que para todo tiene salida y donde él está no puede haber tristeza.

—El ochenta y ocho.

—Los anteojos de mi abuelo.

—¡Jesús! ¡Qué demonio de hombre éste! Cállese usted, Agapito, que no nos deja V. apuntar con sus ocurrencias.

—¿Digo yo algo?—replica él con afectada gravedad. Y se traga un garbanzo para regocijar á los jugadores.

—Pues ahora no es nada—dice por lo bajo la esposa del ocurrente,—cuando había que oírle era hace cinco años, antes de haber tenido el divieso.

—¿Tuvo un divieso?

—¡Horrible! Creímos que se moría; pero vino á casa un amigo y ¿con qué creará V. que se lo reventó en un momento?

—Hija, no sé.

—Pues con la mano del almirez. ¡Ay, Dios se lo pague!

—El once.

—Los ganchitos del trapero.

—¡Ambol!—grita una joven que tiene la mano derecha dedicada á la lotería y la izquierda en poder de su novio, debajo del tapete.

—Pido la palabra para una alusión personal—dice el caballero gracioso.—Yo me llamo Agapito López y Ambo. A mí no se me falta, ¿estamos?

Una carcajada general acoge este chiste de D. Agapito, que todos celebran alborozados, y de placer en placer llegan las once.

Las señoras se ponen de pie para demostrar que tienen que levantarse temprano; los caballeros protestan, diciendo que ellos no se meten en la cama á aquellas horas, y la dueña de la casa dirime la cuestión, concediendo treinta minutos más á los jugadores.

—¡Viva Doña Salustiana!—dice el gracioso, arrojando al aire la bolsa de las bolitas, que cae encima de la joven del ambo, obligándola á lanzar un grito.

—Son bromas muy pesadas—gruñe el novio de la agredida agitándose en su asiento.

—Prudencia, Antoñito—le dice ella por lo bajo.

El gracioso, para destruir el mal efecto, hace uso de toda su imaginación, y consigue que los ánimos se solacen y que el mismo Antoñito tenga que exclamar en un arranque de entusiasmo:

—Tiene la gracia por arrobas. Ni que fuera andaluz.

—No señor; que es de la Coruña—dice la esposa de D. Agapito;—pero, como criarse, se crió en Benavente.

—¡Ah, entonces!...

Varias actrices de nuestro particular aprecio, van á representar el *Tenorio* en clase de hombres interinos. Los productos de esta función extraordinaria se destinan á los pobres, y estamos en el caso de aplaudir la determinación.

Es muy posible que se vendan todas las localidades, si quiera sea por la novedad del espectáculo; aunque de todas suertes, la popularidad de la obra lleva siempre numeroso público á los coliseos.

Conocemos el *Tenorio* como drama, como zarzuela y como baile de espectáculo. Lo hemos visto representar por actores buenos, por actores medianos, por jóvenes principiantes y por niños de la Inclusa recién despechados.

Aún nos parece que fué ayer cuando asistimos á la función dramática de los señores de Colín, vecinos del barrio de la Guindalera.

La niña mayor lució sus dotes en el papel de doña Inés; un joven de Gracia y Justicia, desempeñó primorosamente la parte de D. Juan, y Colín, padre, aunque obeso y algo tartamudo, dió gran relieve al carácter de Mejía. En clase de Comendador tuvimos la dicha de conocer á un sujeto picado de viruelas que vive en Cuenca y viene á trabajar, como aficionado, en cuanto se le avisa.

¡Qué noche tan hermosa pasamos!

Al final, los espectadores quisieron convencerse de que todo aquello había sido comedia, y Doña Inés tuvo que volver á presentarse en chambrá, del brazo de su padre, que también estaba á medio vestir, y sólo así se persuadió el público de que no le había sucedido nada á los Colines.

De año en año aumenta la afición al *Tenorio*, hasta el punto de haberse organizado una compañía para representar la obra en el teatro de la Princesa.

Además, nos dicen de varios pueblos de la provincia que va á ser puesto en escena el drama de Zorrilla por los vecinos honrados de cada localidad, y el mejor día leemos en los periódicos un suelto así:

•El día tantos se representará *Don Juan Tenorio* en el teatro de la Alhambra, tomando parte en la función va-



rios distinguidos clérigos de esta Corte. El papel de doña Inés parece que será desempeñado por un aplaudido canónigo que oculta su nombre por modestia.»

LUIS TABOADA.

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XXVIII

ÁVILA

Señor Juez del distrito de... (el que sea en el que fuere hallado el cadáver.) Siendo deber de todo ciudadano evitar las pesquisas judiciales, y en cuestiones de faltas ó delitos, confesar lo que sepa, si algo sabe, yo, que seré la causa

de que usted se incomode y me levante, voy á explicar mi muerte para que no se busque al responsable ni se emborronen folios y más folios, describiendo mis pelos y señales.

Mire usted, señor Juez, yo tuve un día una idea feliz: la de marcharme á correr por España, tomar datos y escribir unos cuantos disparates.

La cosa no iba mal. En la cartera tenía treinta y tantas capitales y el público, que es bueno, premiaba con exceso mis afanes.

En fin, faltaba poco para poner remate cuando héte, señor Juez, que se me ocurre venir á esta ciudad á tomar aires y ¡aquí se acabó todo. ¡Adiós empresa, suscriptores, cartitas y romances!

Me muero, sí señor; no me asesinan ni me clavo un puñal salva la parte, ¡me hielo nada más! Poquito á poco se me introduce el frío por la carne, la nariz tengo blanca, y en las venas se va poniendo sólida la sangre.

No sé dónde caeré, porque esas cosas, por fortuna ó desgracia, no se saben, pero llevo esta carta en el bolsillo para justificante, y una cédula, á más, de medio duro, que contiene mis señas personales.

Advierto á usted, de paso, que debe la tarea continuarse, y que lea esta carta el compañero que de escribir las crónicas se encargue, para que diga de Avila, si quiere, que tiene una muralla muy notable y tan bien conservada, que parece que está virgen de ataques.

Detrás de aquella mole, se levantan casas formando calles (como en todos los pueblos conocidos), tortuosas, estrechas, desiguales... dominadas por una catedral sencillísima, elegante, que no tiene la fama que merece, y que á más de otras cosas admirables, encierra un buen retablo de El Tostado que no puede decirse lo que vale.

Esta es la población. Las cercanías, que tienen á una parte los pedruscos pelados de la sierra que el cierzo helado lame, y á la otra los llanos de Castilla son, como todos saben, tristes y frescas, ¡demasiado frescas! como lo prueba mi apurado trance.

Dentro de aquellos muros hay muchachas hermosas como arcángeles que se levantan pronto, van á misa, toman el chocolate, y se sientan detrás de los visillos para ver al cadete cuando pase.

¡Los cadetes! ¡Mancebos distinguidos, apuestos y elegantes, que sufren el martirio inconcebible de asistir á las clases cuando el viento sutil de la mañana los corazones parte! Soldados que, al salir de la Academia,

después de los exámenes, podrían conquistar impunemente las regiones polares sin temor á los témpanos de hielo y sin necesidad de aclimatarse...

Si Ávila no tuviera digna historia de que quedan vestigios y señales, bastaría ser cuna de Teresa, la santa poetisa inimitable, para ser acreedora del respeto de todas las edades.

Nada más, señor Juez. Gracias por todo. He puesto de mi parte cuanto sé del suceso desgraciado, con el fin de allanar dificultades. Ya no siento los dedos... soy perdido; la vida se me escapa en un instante. ¡Muero pensando en Dios... y en un brasero que no cabe en Madrid de puro grande!

SINESIO DELGADO.

LA MATANZA

(Carta á mi amiga Doña Encarnación de la Cerda, sobrina lejana de San Antón y tutora de varios gorrinillos.)

Mi querida Encarnación: No puedo corresponder á tu fina invitación, y de ello vas á saber la razón.

A esa aldea silenciosa iría yo diligente, porque la matanza es cosa divertida y sumamente sustanciosa.

Pero muy difícil veo que se logre mi deseo, pues mi jefe, aunque es mi amigo, puede mandarme á paseo si le digo:

«Ahí queda por despachar de expedientes un millar. Deles usted mis recuerdos, que yo voy á ver matar unos cerdos.»

Además, has de acordarte que busco dinero y fama por el camino del arte, y el teatro me reclama por su parte.

Ni como arquitecto brillo, ni aun soy albañil sencillo, y ¡mira tú qué rareza! estoy haciendo un *parillo* y una *pieza*.

Y si digo á los actores que voy á Valdecosquillas por morcillas superiores, jurarán que son mejores sus *morcillas*,

y hasta me dirán en chanza que, si mi obrita se estrena, sin moverme de la escena podré ver una *matanza*... pero buena.

¡Qué succulento jamón comerás, Encarnación! ¡Qué magros tan *distinguidos*! y qué rica colección de embutidos!

En cambio en Madrid comemos chorizos de mala traza, cuya carne ya sabemos que es de los potros que vemos en la Plaza.

Aquí embutidos fabrican; mas como la carne aplican de jaco de picador, no sabes á lo mejor cuánto pican.

En fin, te digo de veras, que con mucho gusto iría á ver matar á tus *fierras*, por las magras que me dieras cada día,

por comer una fritada de tu salchicha afamada, y además, por tu persona; porque eres una *jamona* muy *salada*.

Mas ya que sufro el bromazo, ya que á tu mesa no cómo ni puedo darte un abrazo, si ves que te sobra lomo remíteme un buen pedazo.

JUAN PÉREZ ZÚRIGA.

PALIQUE

Amigo Sinesio: Perdóneme V. y suplique á los suscriptores de MADRID CÓMICO que me perdonen también, si vuelvo á hablar de mi humilde persona; pero no hay más remedio, porque la multitud de escritores con y sin ortografía que se han dedicado esta temporada á decir pestes de mí, aumenta de día en día, y por lo visto, no quieren quedar sin contestación. A pesar de sus ataques furibundos, yo no diría palabra, si entre la muchedumbre de maldicientes no se empeñaran en figurar apreciables personas que se dan por aludidas en mis paliques, cuando en realidad yo no me acuerdo ni del santo de su nombre.

Después de todo, y antes también, el asunto es cómico, y á falta de mejor materia, puede tratarse desde las columnas de este simpático semanario.

Nunca yo me hubiera quejado de los anónimos, amistosos avisos y recortes de periódico pegados con obleas (que repito que me dan asco), llegados á mi poder por conducto del correo. ¡Ahora, Sinesio, llueven periódicos hasta con caricaturas, revistas y anónimos!

**



La administración militar del Estado.



¿Qué es la mujer, si en el puerto del Guadarrama se pierde? ¡Montón de bayeta verde sobre un espíritu yerto!



A cuatro bajo cero vienen las auras. ¡Cuánto envidia á este mozo por la bufanda!



Fresquita y á dos reas.



Hasta en la sopa.



A dos cosas ha venido á la ciudad: á vender la de encima, y á ver crecer las espigas del corazón de Santa Teresa.



Un Alcalde pedáneo de la sierra que es el sér más dichoso de la tierra.



—¿Dende cuándo faltas del Barco?
—Dende antiayer.
—Entonces no sabes las novedades...
—Pus ¿qué ha pasao?
—Naa, si lo digo porque iba yo á preguntárte las.

Un señor Piñango, escritor valenciano, supone que he escrito uno de mis paliques anteriores para molestarle á él, y en la *Revista del Turia*, publicación quincenal, que debiera mejorar de papel, me pone como un trapo, siempre en la hipótesis de que yo sabía que había Piñangos en el mundo, y de que tenía la mala intención de cortarles la carrera. Señor Piñango, yo no sabía que usted existía hasta que tuvo á bien insultarme, ó poco menos, (creo que me insulta usted del todo.) Ahora bien, en vista de que se había equivocado dándose por aludido, ¿quiere usted volverse atrás? Retirar todo eso de que «yo tengo una soberbia como un castillo, y le desdengo á usted, etc., etc.» Si así lo hicieréis Dios os lo premie, y si no os lo demande.

Y V., Sr. D. M. R. (Mariano Rentoy á lo que creo), ¿por qué vuelve á las andadas en los *Perfiles de la Monarquía* y habla también de mi soberbia y se da por aludido en el monólogo dialogado que publiqué hace días en MADRID COMICO? ¿No le había yo escrito á V. una carta bastante fina en que le reconocía la categoría de persona decente á quien, cuando critica, ni se desprecia ni se contesta? Después de decirle eso, ¿cómo había de llamarle pelagatos? Los artículos de V., si he de decirle la verdad, no hieren el amor propio siquiera; mucho llamarle á uno injusto, y preocupado, y apasionado y cosas así; pero todo esto, que cree V. que me mortifica, lo acompaña con elogios excesivos, con ciertas concesiones tan halagüeñas ¡ay! que no me las hago yo á mí mismo.

Aunque procuro no ser soberbio (porque huyo de los pecados capitales á fuer de buen cristiano), sé que soy tan vanidoso como cualquiera; pero así y todo, no me tengo en tan alto predicamento como V. me tiene. Y siendo así, ¿había de llamarle á usted pelagatos? De V. sí que estoy casi seguro que ha de retirar el suelo de la soberbia, etc., etc.

Tanto el Sr. Piñango, como el Sr. Rentoy, comprenderán que me importa no tener enemigos por equivocación; bastan los que tiene uno por culpa del pícaro oficio y de la flaqueza humana. Y nótese que digo bastan, pero no sobran.

Porque no sobran, en efecto.

Juraría que cierto señoritaco, muy amigo de figurar y de ver su nombre en periódicos de alguna circulación, estará leyendo este palique con la esperanza de que hable de él aunque sea para ponerle en caricatura ¡quial Usted, hijo, es muy antipático, tiene demasiada mala fe, y merece el tormento de que no se le nombre. Y aunque, como dijo Iriarte:

en otra fabula aquí
tengo de hacer su retrato,

ha de ser sin darle el gustazo de decir: pues se llama... Fulano. No señor; hablaré de los malos ratos que usted me hizo pasar buscando mi amistad, de los desaires que tuve que darle, de los libros que me ha enviado por conducto de amigos, libros de finas dedicatorias acompañados. ¿Pero decir que es usted? Ni soñarlo. ¡Eso es, para que rabie! Y lo que es escribir, otros escriben peor que usted. ¡Pero es usted tan antipático y tan faroll! Y además, aquello de imitar á su modo mis pobres articulejos, no se lo perdonaré nunca.—¿Seré yo como esté desfachatado varón?—me decía.—No, eso no se perdona.

Para terminar: por todo paso, señores enemigos míos, menos por los recortes al papel pegados con obleas (algunos han llegado, ¡oh, ignominial! al papel pegado con pan!) Si ustedes siguen con ese sistema, me rindo; ¡armisticio! ¡armisticio! De qué se trata ¿de una cumplida venganza? ¿de una revancha como diría Ladevese el de las banalidades? Pues bien; yo prometo escribir un drama ó una comedia y mandársela á mi amigo Vico para que la represente. Sus, y á ella ¡á silbarla! yo ofrezco no faltar al lugar del sacrificio.

Entre los ataques que se me dirigen hay algunos que tienen gracia.

Un señor C. me llama gallego.

Y otro crítico asegura que me llamo García.

¡De modo que ya sabe usted, amigo Sinesio, quien soy yo! García el gallego, ó el gallego García.

No haga usted caso. Yo soy, como dice Ortega Munilla *el buen*

CLARÍN.

BIEN DICHO

En la gloria vivía
con su bella y simpática María,

el sargento Bartolo,
hombre honrado y prudente como él solo.
Tal vez por esto mismo,
el que manda y ordena en el abismo,
es decir, Satanás, que es el demonio,
vino á turbar la paz del matrimonio
(que hasta entonces vivió tranquilamente)
valiéndose para ello de un teniente.
No sé qué ocurriría
entre él y María.

Lo cierto es que el marido,
según se vió después, quedó corrido.
Y fué tanta la greca
que armó la bulliciosa soldadesca,
que el infeliz sargento
por no servir de burla al regimiento,
determinó coger la cartuchera
y marcharse á otro punto *cualesquiera*;
para lo cual pensó que al otro día
un pase el Coronel le pediría.

Y así lo hizo, en efecto;
queriendo dar de mano á su proyecto,
á la tarde siguiente
se entró en la Coronela diligente.

El Coronel que estaba en aquel punto
sumamente ocupado en un asunto,
cuando se apercibió de la visita
soltó con disimulo una risita,
que fué para el sargento
otro nuevo motivo de tormento.
¡Mas qué había de hacer! Tuvo paciencia,
y ya que el Coronel le dió licencia
para hablar, con acento compungido
refirió *le* por *le* lo sucedido.

Estuvo el Coronel bastante atento
escuchando la historia del sargento;
y luego que acabó, con desparpajo,
pues estaba en el ajo
de todo lo ocurrido,

así le contestó al pobre marido:
—¿Conque quiere usted un pase? Si pudiera,
con gusto se lo diera;

pero hijo, lo confieso:
no tengo atribuciones para eso.
Pídame usted otra cosa, una permuta,
dos meses de licencia, la absoluta;
diga que está cansado de ser *clase*,
y le daré un estrella pero... *¿un pase?*
No me es posible, hijo,
¡eso quien puede hacerlo es Lagartijol

RAFAEL RAMOS NAVARRO.



Sr. Abascal, *La Correspondencia* me ha participado que ha tenido V. una ligera enfermedad, por cuya razón ha firmado usted en su hotel.

¿Se puede saber si entre los asuntos puestos á la firma está la orden para que arreglen la calle Peninsular?

Celebraré el alivio, y quedo de V. afectísimo S. S. Q. B. S. M.

EPITAFIOS

El difunto don Rosendo
fué un calavera tremendo,
y no dudo que lo fuera,
porque continúa siendo
calavera.

Aquí yace un liberal
tan consecuente y leal,
que, aunque está en la sepultura,
todos los años figura
en el censo electoral.

J. FRUTOS BAEZA.

Noticia:

«De los puertos de Galicia salen también millares de braceros en busca de mejor suerte.»

¡Carambal Y á dos pasos, en Gijón, se han reunido en un periquete sesenta mil duros para hacer una plaza de toros.

Lo que sentirán los obreros al emigrar no será el abandono de la patria, sino el privarse de ver siquiera un par de corriditas.



Ha jurado una andaluza
quererme toda su vida;
pero yo no la hago caso;
son *bulos* de Andalucía.



¿Ustedes qué opinan de la información agrícola?
Yo creo que mientras no se rebajen las contribuciones...



—¿Ha llenado V. la casilla esa?
—¿Qué casilla?
—La del padrón para el impuesto de perros que traje el otro día.
—¡Ah! Porque aquí no hay perros.
—¿Cómo que no? He oído yo ladrar desde la escalera.
—Pero ese que ladra no es perro; es mi chico mayor que hace monerías con la garganta.



—¿Si tendrá Celedonio decidida afición al matrimonio, que se casó tres veces, quedó viudo, y está dispuesto a hacer un nuevo nudo?
—Pues te engañas en todo; aborrece las nupcias muy de veras, y quiere de ese modo acabar con las chicas casaderas.



—Hay ocasiones en que los esposos, por mucho que se aborrezcan, no pueden separarse.
—¿Cuándo van a ser padres?
—No; cuando se están pegando.



Copia de un prospecto que han repartido por esas calles de Dios:

«FRANCISCA.—Sin magnetismo ni sonambulismo pronostico, adivino y doy noticias, por importantes que sean, a todas las personas, tanto ausentes como presentes, acertando su situación y pronosticando su porvenir, empleando el sistema de que se servía el célebre Napoleón I (¡aprieta, manco!) y la muy reputada Mlle. Lenormand, de París; y para que esté al alcance de todas las personas, el precio es de UNA PESETA.»

¿Qué les parece á VV?

Yo creo que no va descaminada D.^a Francisca (c. p. b.), porque, aunque nos dé vergüenza decirlo, todavía estamos en disposición de que nos echen las cartas por el sistema de Napoleón I.



Mi amigo Diego Sansón
agradecido á Fernando,
fué á regalarle un melón
que se había puesto blando.

Y así le dijo el buen Diego:
—Aunque esto no es gran merced
este presente le entrego;
suplico lo acepte usted.—

Y Fernando, el imprudente,
le contestó incomodado:
—¡No lo llame usted un presente,
llámelo usted un pasado!

J. RODAO.



—Vengo á pedirle su hija...
—¿Cómo? ¿Dar mi hija á un escritor?
—Bueno, pues préstemela V.



Libros:

¡En el fondo del abismo! monólogo dramático de D. Rafael Abellán y Anta, en que el autor demuestra excelentes condiciones para esa clase de trabajos.

La cruz de nácar, poema del notable poeta segoviano D. José Rodao, cuya inspiración y facilidad ya conocen nuestros lectores.

Anuario Oficial de Correos y Telégrafos que debemos á la amable atención del Sr. Mansi. Libro utilísimo para el público, porque contiene abundantes datos y noticias que interesan á todo el mundo para facilitar la tarea de la complicada máquina de comunicaciones.

Los polvos de Quiroga, tomo 43 de la Biblioteca *Demi-monde*, cuyas tendencias conocen los ancionados á saborear la salsa picante.

Las novelas amorosas, tomo 3.º, que contiene dos novelitas de Carlos Aubert, editadas con verdadero lujo.

Tardes de Abril y Mayo. Lindísima colección de poesías del célebre vate andaluz Fernández Shaw. Este libro demuestra en su parte material que hemos llegado á una gran altura en tipografía y grabado. La edición es magnífica y honra de verdad á España. Han contribuido á ella el dibujante Cuchy, el fotografoador Laporta y el establecimiento tipográfico de Rivadeneyra.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Un madrileño.—Vieja la idea, sucia la forma.

Sr. D. C. A.—Madrid.—No me parece muy propia que digamos por este mismo periódico.

Sr. D. B. S.—Madrid.—Es de índole tan excesivamente particular...

Opinión.—No está mal, pero peca de... eso, de lascivia.

Sr. D. J. M.—Madrid.—Además de larga es mediana, y además no tienen todos los versos su medida correspondiente. Por ejemplo:

«reunióse cierto día la corte celestial»

no es endecasílabo ni Cristo que lo crió.
Blanco.—Eso lo ha copiado V. de alguna parte. Quiero decir, que no es de V. precisamente.

Canario.—No son publicables, pero en fin, para ser los primeros...

Sr. D. P. P. y M.—Usted lo hace bien, pero se extralimita en la extensión. Sugerión, además, es algo así como para la biblioteca *Demi-monde*.

Pirofísforo.—Murcia.—¡Diantre! (También en Murcia hay graciosos? ¿Qué hallazgo!

Demoiselle.—Sevilla.—En Sevilla ya es otra cosa; en Sevilla sí que los hay... como el anterior.

Matadoc.—Gracias, pero ¿cómo me voy yo á dar ese jabón?

Malacopterigio.—Vaya por Dios, tú también eres gracioso. ¡Se dan graciosos... de la legal!

Sr. D. F. C.—Valladolid.—Esa manera de hacer chistes ha pasado de moda.

Sr. D. D. F.—Habana.—Negro y Pedro no son consonantes en la Peainsula. Ahora, en las Antillas... allá ustedes.

Sr. D. E. G.—Barcelona.—Estoy agradecidísimo á usted. B. se equivocó; fuimos á Bilbao. A Gerona, en Noviembre. Los versos... no harían buen efecto por tratarse de lo que se trata.

Sr. D. A. A.—Tarragona.—El final es de mal gusto.—Tiene V. condiciones.

Juan Burlohenagaena.—¡Otra sorpresa! ¡También gracioso en Toledo! *Che che*.—Nada, ni las menores nociones de lo que debe ser eso.

Sr. D. M. B.—Haro.—¡Han aprobado ese soneto sus amigos! ¡Pues buenos amigos tienes, Benito!

Adonis.—Valladolid.—Eso es en serio... demasiado en serio.

Matias.—Barcelona.—¿Cuántas majaderías
escribes, oh Matias!

Sr. D. D. M. y F. D.—Madrid.—Esas polémicas no se deben llevar á la prensa, porque son cosas de estudiantes de primer año. A más, el periódico en cuestión, ha muerto.

Inocencio.—Otro gracioso de Madrid.

Chipelin.—Lo malo es que Ayala tiene un soneto con el mismísimo asunto.

Sr. D. A. A.—Madrid.—No podemos admitir artículos.

Sr. D. A. F. R.—Córdoba.—Siguen los graciosos. Este es de Córdoba.

Sr. D. J. C.—Valencia.—¡Error! Los sonetos no son así. Por lo menos han de tener versos endecasílabos.

Sisco.—Ha querido V. hacer versos de ocho sílabas y le ha salido alguno que otro, por casualidad.

Sr. D. M. R.—Pues sí señor; el principal defecto es ese: no tener gracia queriendo tenerla. Además, no sólo no es muy buena la composición, sino que es mediana, por la vulgaridad del estilo y por algunos *lapsus* que revelan falta de costumbre. Ejemplo: El demonio no presenta *instintivo* á los ojos de nadie. En caso presentará objetivo, palabra que tampoco viene á cuento. Y *veces y meses* no son consonantes, aunque lo digan frailes descalzos. Ya ve V. que atiendo á sus súplicas y me extiendo en la contestación.

Los Vineros.—Sí, los hay todos. Los precios en la última plana.

Lerdo.—Barcelona.—No te conozco, don Juan,
ni tú me conoces, ni debes abusar de los versos.

Sr. D. I. F. G.—Barcelona.—No será una cosa notable, pero puede usted publicar su libro sin miedo de hacer *plancha*. ¡Ah! Al corregir pruebas quite V. las *eches* de todas las ermitas.

César Contó.—Sí señor, contesto. Nada más que para evitar el que me den VV. lata semanal.

Ginevillo de Paramonte.—Adolece de vulgaridad.

À SOLAS CON LA DUDA



—Pues señor, Teresa ha salido á las siete; luego me he encontrado en su secreter una carta de un tal Alfredito citándola para la siete... ¡Empiezo á escamarme!

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 620

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFES
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
en la Exposición Universal de Paris de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal. Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un album elegante que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el album, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar. 20 pesetas
Encuadernado en tela. 25
Cartulinas sueltas (cada una). 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librerías y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100, es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.